



LECCIÓN 191 Soy el santo Hijo de Dios mismo.

Comentario de Sarah:

Hay un sentido de urgencia en esta Lección, pero no se trata de hacernos sentir mal por nuestro progreso. Jesús sólo quiere animarnos a no retrasar nuestra felicidad. Él hace una fuerte súplica para que nos liberemos y podamos liberar a nuestros hermanos y hermanas. Nuestros hermanos y hermanas son liberados cuando nuestras mentes son liberadas porque sólo hay un Hijo de Dios. Hemos aprisionado la mente a causa de nuestra creencia en el pecado y la culpa que proyectamos en el mundo, y ahora vemos que el mundo nos aprisiona. No pensamos en nosotros mismos como el santo Hijo de Dios porque hemos negado nuestra Identidad, eligiendo en su lugar alinearnos con la mente del ego. Pensamos que el único Hijo santo es Jesús. Sin embargo, en el Curso, Jesús dice que es nuestro hermano mayor, que hizo este viaje que estamos haciendo ahora, y por lo tanto puede mostrarnos el camino. Nos mostró con su resurrección que no somos cuerpos sino seres eternos y espirituales. Demostró la invulnerabilidad que también es nuestra, dada en nuestra creación. Jesús dice que él no es diferente de nosotros, y que donde él está, nosotros también estamos, pues tenemos la misma naturaleza.

Cuando despertemos de este sueño, también nos daremos cuenta de que tenemos todo el poder (L.191.9.1) y que lo hemos tenido siempre. Siempre ha estado con nosotros. **“No hay nada que no puedas hacer.”** (L.191.9.2) Jesús confía en nosotros para escapar del infierno que hemos hecho. (L.191.7.1) Cuando nos liberamos, todos se liberan con nosotros. ¿Cómo no van a hacerlo si el mundo no es más que un sueño proyectado desde nuestra mente?

Jesús nos ayuda a liberar el sueño que estamos soñando. Al acudir a él en busca de ayuda, en lugar de adorarlo, cosa que nos pide que no hagamos, podemos reclamar nuestra identidad, que es la misma que la suya. Lo hacemos entregando los obstáculos a la conciencia de quién somos como el santo Hijo de Dios. Esto significa que estamos llamados a mirar los pensamientos de vergüenza, ira, traición, incomodidad, resentimiento, victimismo, especialismo, celos, competencia, necesidad, carencia, deseo y cualquier otro pensamiento de autoagresión que tengamos y que bloquee la realización del Ser que somos. Jesús nos pide que pongamos a sus pies nuestros pensamientos de culpa y vergüenza. Para hacerlo, debemos ser honestos y tener el valor de mirar detrás de nuestras defensas.

Los pensamientos que albergamos en la mente se proyectan en el mundo y reflejan un mundo caótico en el que nos sentimos abrumados por acontecimientos que no podemos controlar y en el que vemos la evidencia de nuestra fragilidad, tristeza, desesperanza, decepciones y, en última instancia, muerte. **“No hay sonido que no te hable de la flaqueza que hay dentro y fuera de ti; ni aliento que respire que no parezca acercarte más a la muerte; ni esperanza que alientes que no haya de acabar en llanto.”** (L.191.2.6)

“¿Qué has hecho para que éste sea tu mundo? ¿Qué has hecho para que sea eso lo que ves?” (L.191.2.1-2) Hemos negado nuestra realidad como Hijo de Dios, y ahora, lo que vemos a nuestro alrededor es testigo del caos interior. Hemos elegido identificarnos con el ego y con esa elección, nos vemos más poderosos que Dios. La mente es poderosa y cree que ahora es un cuerpo y una personalidad, que vive en un mundo de cuerpos. Aunque podemos no ser conscientes de lo que somos, no podemos cambiar lo que es verdad sobre nosotros, que somos una creación perfecta de Dios.

Mirando desde la perspectiva del mundo, vemos un reflejo de nosotros mismos donde se niega nuestra magnificencia. El mundo refleja nuestros juicios, miedos y pensamientos caóticos. ¿No es de extrañar que, en este sistema cerrado, y después de toda una vida en un mundo que sigue reforzando nuestros pensamientos identificados con el ego, sea difícil creer que somos algo más que lo que hemos llegado a pensar que somos: un cuerpo y una personalidad? Ciertamente no nos consideramos el santo Hijo de Dios, pero esta aparente esclavitud que experimentamos no puede retenernos. Hoy, declaramos nuestra liberación. **“Pues aquel que puede aceptar su verdadera Identidad realmente se salva. Y su salvación es el regalo que les hace a todos, como muestra de gratitud hacia Aquel que le mostró el camino a la felicidad que cambió toda su perspectiva acerca del mundo.”** (L.191.5.3-4)

Jesús nos ruega que nos unamos a él en el instante santo en el que se encuentra. Fuera de este sueño se encuentra el recuerdo de lo que somos. Él está en nuestras mentes y nos ruega que dejemos la oscuridad por un rato para poder tener un respiro y recordar nuestra santidad. Nos pide que nos elevemos por encima del mundo y de **“todos los pensamientos mundanos que lo mantienen prisionero.”** (L.191.5.1) Nos mantenemos prisioneros cuando perseguimos los ídolos de especialismo que creemos que nos traerán lo que queremos en el sueño. Él quiere que veamos que no nos traen más que desesperación. El ego nos dice que, aunque todavía no hayamos comprendido la combinación correcta de acontecimientos para ser felices, si seguimos buscando, tal vez un día encontremos esa combinación. Tal vez una casa diferente, una nueva relación, otro trabajo o más dinero nos traigan lo que queremos. Sin embargo, buscar sustitutos que creemos que nos harán felices nos ata a la ilusión y nos mantiene en un estado de desesperación, ya que seguimos buscando lo que nunca encontraremos en los ídolos.

Cuando vemos el mundo como un aula de aprendizaje para la curación en lugar de un lugar para cumplir nuestros sueños que nunca se pueden cumplir, todo en nuestras vidas se convierte en un telón de fondo para exponer la mente a través de la simple honestidad. Ahora, nada de lo que ocurre se ve como bueno o malo, sino sólo como un plan de estudios para mostrarnos lo que hay en la mente, todo para entregarlo al Espíritu Santo. Mira tu vida con Él, que ofrece Su ayuda para mirar los pensamientos tenebrosos sin condenarnos a nosotros mismos. Él es un símbolo del amor de Dios en nuestra mente.

Si me siento inseguro, temeroso, indigno, necesitado, enojado, lleno de orgullo y especial, necesito mirar lo que estoy albergando en mi mente sin condenarme. Necesito mirar sin analizarme ni juzgarme. Los pensamientos que abrigo sobre mí mismo no son lo que soy. Puede que sólo ocupen el uno por ciento de mi mente, pero ésta es la parte que el ego ha reclamado, la parte con la que me identifico. Este pequeño rincón de la mente lo mantenemos alejado de nuestra grandeza, y en su lugar **“lo conservamos como hospital para el dolor, como un lugar enfermizo a donde toda cosa viviente tiene que venir finalmente a morir”** (L.190.6.6) Pensamos que esta pequeña parte es la que nos define porque esta imagen de nosotros mismos es reforzada por el mundo. El mundo se ve ahora como la causa de lo que somos, aunque sólo nuestra

mente es la causa. Hemos invertido causa y efecto. Somos nosotros los que hemos utilizado el mundo con crueldad para satisfacer nuestras necesidades, mientras proyectamos la responsabilidad en el mundo por tratarnos mal. Como preferimos ver la crueldad en el mundo y no en nosotros mismos, pensamos que así podemos mantener nuestra inocencia.

Para sanar y despertar, necesitamos aprender a mirar la mente del ego sin miedo. Cualquier incertidumbre o confusión que surja necesita ser mirada de la misma manera. Cuando miramos nuestros pensamientos sin miedo, estamos mirando con Jesús que sostiene la lámpara para que podamos mirar la oscuridad sin juzgarla. No es lo que somos. No necesitamos buscar lo verdadero, sino lo falso. Cuando podemos mirar nuestros pensamientos sin miedo, la curación puede tener lugar. Mirar nuestros pensamientos es permitir que todo sea traído a la conciencia sin contar historias sobre el significado de los pensamientos y emociones ni negarlos o justificarlos. No necesitamos tratar de ser compasivos o amorosos porque esa es la naturaleza misma de nuestra mente. Lo que tenemos que hacer es renunciar a nuestra inversión en los pensamientos que bloquean el amor y la compasión en nosotros. Cuando los obstáculos se ponen en el altar, **“Todo tu pasado, excepto su belleza, ha desaparecido, y no queda ni rastro de él, salvo una bendición.”** (T.5.IV.8.2) (ACIM OE T.5.VI.58) Ese es el resultado del perdón.

Esta Lección nos describe como seres pequeños y frágiles que están aquí por un corto tiempo, asaltados por el mundo, sólo para ser recompensados al final por la muerte. Es una imagen bastante desalentadora de la "vida". Cuando nos alineamos con el ego, creemos que somos culpables y víctimas de este mundo. Por supuesto, el ego no puede permitirse el lujo de que veamos el mundo de forma tan sombría como se describe en esta Lección, así que introduce algunas relaciones amorosas especiales y sueños y esperanzas y pequeños placeres para que sigamos creyendo que hay una posibilidad de verdadera felicidad en el mundo. Entonces, nos resentimos con el mundo por destrozarnos nuestros sueños, y nos culpamos a nosotros mismos, o a otros, por habernos alejado de la felicidad que buscamos. La negación de nuestra verdadera realidad nos ha mantenido en esta prisión. Ahora estamos llamados a perdonar al mundo y a todos los que están en él por lo que no nos han hecho.

Al aceptar quiénes somos realmente, nos liberamos a nosotros mismos y a nuestros hermanos de la esclavitud. Nos convertimos en una demostración de paz. Los demás se sentirán atraídos por la paz que ven en nosotros y la elegirán para ellos. Ofrecemos al mundo misericordia (L.191.9.4) para que su misericordia resplandezca sobre nosotros. No podemos mirar nuestro sufrimiento o el de los demás y decir que no importa porque todo es una ilusión. Si bien es una ilusión, actualmente no lo estamos experimentando así, y, por lo tanto, no debemos negar nuestra experiencia.

Estamos llamados a unirnos a Jesús hoy. (L.191.10.4) Él nos dice: **“Tu gloria es la luz que salva al mundo.”** (L.191.10.5) **“¿No está acaso dispuesto tu corazón a llevarles descanso a tus fatigados hermanos?”** (L.191.10.8) ¿Hasta qué punto estamos dispuestos? ¿Qué importancia le damos a este objetivo? ¿Cuán grande es nuestro compromiso de hacer esta obra de curación? **“No hay nada que no puedas hacer.”** (L.191.9.2) El poder está en nosotros para hacer esta elección. **“El poder de decisión es la única libertad que te queda como prisionero de este mundo.”** (T.12.VII.9.1) (ACIM OE T.11.VIII.70)

Nos mantenemos en el infierno cuando abrigamos resentimientos y olvidamos que somos nosotros los que soñamos el sueño. ¡Qué pequeños son los acontecimientos que pueden perturbarlos! ¡Qué insignificantes son nuestras quejas! Sin embargo, el ego se aferra a ellos como un perro con un hueso! **“Soy el santo Hijo de Dios Mismo. No puedo sufrir ni sentir**

dolor, no puedo sufrir pérdidas ni dejar de hacer todo lo que la salvación me pida.” (L.191.7.3-4) ¿Creemos esto? Tal vez todavía no, pero es la verdad porque fuimos creados santos.

Jesús dice que gran parte de nuestro tiempo lo pasamos jugando “**el juego de la muerte, el de ser impotente, el de estar lamentablemente encadenado a la disolución en un mundo que no tiene misericordia contigo.**” (L.191.9.3) Es un juego de victimismo. Contamos historias lamentables de nuestras vidas y nos tomamos estas historias muy en serio, creyendo que entonces seremos vistos como víctimas inocentes de lo que otros nos han hecho. Es un papel que desempeñamos en este sueño, y queremos que los demás se compadezcan de nosotros. “**El ego protege celosamente esa imagen enfermiza de ti mismo, pues ésa es su imagen y lo que él ama, y la proyecta sobre el mundo. Y tú te ves obligado a adaptarte a ese mundo mientras sigas creyendo que esa imagen es algo externo a ti, y que te tiene a su merced.**” (T.20.III.5.6-7) (ACIM OE T.20.IV.20) Él continúa diciendo que si éste fuera realmente el mundo despiadado que se ve fuera de nosotros, entonces deberíamos tener miedo, pero somos nosotros los que lo hemos hecho despiadado al proyectar nuestros pensamientos en él. Ahora todo puede corregirse cuando pedimos ver a través de los ojos de Cristo en lugar de los nuestros.

Estamos llamados a extender la misericordia y no a buscarla en el mundo. “**No obstante, cuando tengas misericordia con él, su misericordia resplandecerá sobre ti.**” (L.191.9.4) Así es como encontramos la salida de este ciclo de resentimientos y represalias, de control y desesperación, con Jesús mostrándonos que hay una salida. De hecho, nos dice que el infierno se deshace fácilmente. (L.191.7.1) Sólo necesitamos creer de verdad en un pensamiento, como “**Soy tal como Dios me creó**” (L.94) y no en lo que hemos hecho de nosotros mismos.

Todas nuestras experiencias son útiles, incluso si parecemos caer en un agujero negro. Encuentro que cuando estoy experimentando situaciones dolorosas en mi vida, me impulsan más en este trabajo y me motivan a sanar mi mente. No te resistas a nada de esto. Resistirse es decir que no debería ocurrir. El mundo nos da todo lo que necesitamos para nuestro despertar porque nuestros pensamientos lo han traído todo a la existencia. A menudo, nuestros mayores saltos espirituales se producen en los momentos más difíciles. Estos pueden ofrecernos un cierto tipo de gracia, incluso si, en ese momento, la experiencia se siente inmisericorde. A menudo, nuestros mayores avances se producen cuando nos ponemos de rodillas. A veces parece que eso es lo que hace falta. Si vemos esto como una oportunidad para profundizar en nuestro dolor y aprender a superar nuestras defensas a través de una profunda indagación, estos acontecimientos se convierten realmente en enormes regalos. Cuando aceptamos que ya no sabemos cómo hacer nada de esto por nosotros mismos, el ego se desquicia y nos sentimos felizmente humildes.

A menudo hemos hablado de la aparente dificultad de tratar de entender el Curso. Cuando leemos una Lección como ésta, parece ser la única que necesitamos para liberarnos. Sin embargo, debido a nuestra resistencia, necesitamos los muchos enfoques que adopta este Curso para socavar el sistema de pensamiento del ego y ayudarnos a aumentar nuestra disposición y nuestro deseo.

Estamos aquí para bendecir. Estamos aquí para llevar la luz de nuestra gloria a todos, y lo hacemos estando dispuestos a ser liberados de nuestro propio infierno. El mundo está esperando que cada uno de nosotros encuentre la misericordia en nosotros mismos. Dar y recibir son una sola cosa. Al extender la bondad y la misericordia, recibimos este regalo para nosotros mismos.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca

